

## *Concordia y desacuerdo*

JULIÁN MARÍAS

# M

*Muchas veces he dicho que si cualquier noche un ángel me invitase a disponer la organización de España tal como creo que sería preferible, le daría las gracias y diría: “No”. ¿Por qué? No me faltan opiniones bastante definidas sobre cuál podría ser la vida política española, y creo que no sería demasiado malo que se pusieran en práctica; pero estoy todavía más seguro de que muchos españoles no piensan como yo; y aunque yo tuviera razón, España no debe organizarse como quiero yo, sino como quieren ellos; es decir, que debe reflejarse en su realidad lo que opinamos, deseamos, queremos todos los españoles. La España que yo prefiero sería quizá mejor —así lo pienso—; pero no sería la verdadera España, la España real.*

*Lo malo es —se dirá— que los españoles no estamos de acuerdo. Es evidente; lo que es menos evidente es que eso sea “lo malo”. La España de mis preferencias —he dicho— no es la España real; pero la imperante, por supuesto tampoco; y unas cuantas que veo propuestas por unos u otros grupos me parecen modelos abstractos, puramente ideológicos, con muy pocas raíces en la realidad, y muy distantes entre sí; es decir, que la España que quieren unos no la quieren otros; probablemente, en cada caso no la quieren “los más”.*

*Después de unos años de obsesiva politización, se produjo en España una polarización que la desgarró. En lugar de eliminar del juego político a las fracciones extremas e inconciliables, el torso*

*de la sociedad española se dejó arrastrar por ellas, se escindió, cada una de sus mitades fue adonde no hubiera querido ir, aterrada en unos casos, alcoholizada por la retórica en otros. El resultado fue que los españoles lucharon, tan heroica como ferozmente, durante tres años, para encontrarse al final rodeados de muertos y de ruinas, con remordimientos mal ocultos, pero con una singular incapacidad de arrepentimiento; y con tantos caminos cerrados.*

*Uno de los fenómenos más interesantes de estos años es la revisión que están experimentando las actitudes de la guerra civil. No me refiero a la “idealización” de los vencidos por los jóvenes que no conocieron la guerra ni sus antecedentes. Esto es muy explicable. Primero, tuvieron siempre —y desde entonces— mejor literatura, y eso es siempre lo que a última hora queda (por eso es tan profundo el odio al escritor); por otra parte, a la difamación global e indiscriminada está sucediendo la reacción favorable, igualmente en bloque, sin demasiadas distinciones.*

*Lo interesante no es eso, sino la “afición” a los vencidos de muchos de sus vencedores. Muchos hombres muy maduros —tan maduros, que tomaron partido en 1936— parecen admirar extrañamente todo lo que combatieron con saña y —hay que reconocerlo— suma eficacia. Vuelven sus ojos con elogio y hasta entusiasmo hacia las figuras o las doctrinas con las que lucharon a muerte. Yo los miro con un poco de sorpresa, y pienso cómo estuvieron tan ciegos, o cómo lo están ahora, o acaso en ambas ocasiones.*

*¿Y los vencidos? Para unos y otros hay que hacer una distinción. En ambos lados hay los que pudiéramos llamar “profesionales”. Son los que han “institucionalizado” su postura; en un caso, para ejercer el poder, naturalmente; en el otro, para darse una figura, una personalidad que acaso no tuvieran aisladamente y con mayor flexibilidad. Pues bien, si se descuentan los “vencidos profesionales”, los que sueñan con que pasen “los mal llamados años” —que son ya treinta y cinco y van a ser muy difíciles de borrar—, los que de una manera u otra lucharon por la República y fueron desplazados del escenario público en 1939, no querrían volver atrás, no aceptarían plantear la cuestión en los términos en que les fue planteada entonces. Llevan dentro aquella enorme desilusión de que hablé hace poco, aquel tremendo desencanto que tan fecundo hubiera podido ser.*

\* \* \*

*En 1939 se implantó la convicción de que las cosas eran “para siempre”, con una solidez que sorprende pero no era tan descaminada. Hacia 1945 esa convicción se resquebrajó, pero cuando se disipó la alarma, esa actitud se solidificó con una fuerza sin precedentes. Se dio por supuesto que todos los españoles que contaban estaban de acuerdo, y la unanimidad fue el gran supuesto.*

*En algún sentido, de esta actitud han participado casi todos los españoles. Digo en algún sentido, porque aun los que estaban lejos de esa unanimidad sentían que no se puede luchar, que esto es lo peor de todo. Los españoles lucharon de modo tan atroz, que cualquier cosa les ha parecido preferible a la lucha. Es como la guerra nuclear: no es practicable, no es una posibilidad admisible, no se puede contar con ella como solución de nada.*

*Ahora, que se habla de “apertura” (y lo que es más raro, de “aperturaismo”, reduciendo la apertura a la realidad a un “ismo”, una teoría), a lo más que se llega es a admitir el “contraste de opiniones” o “contraste de pareceres”, porque todo lo demás es explosivo.*

*Siento discrepar. A mí es eso lo que me parece explosivo —para dentro de un poco, con espoleta retardada—. La guerra civil me pareció particularmente inaceptable, desde el primer día hasta el último. Me pareció mucho peor que cualquiera de los bandos beligerantes. Podría aceptar que se optara por uno o por otro, siempre que se estuviera más contra la guerra misma que contra el bando*

*adversario. Los que querían la guerra, desde cualquiera de los dos, me parecían los más equivocados, los más siniestros. Y sólo pude tener estimación por los que deseaban y buscaban la paz, la reconciliación entre los españoles. Digo esto para que quede clara mi absoluta oposición — entonces y ahora— a toda guerra civil, a toda discordia.*

*Esto me da cierto derecho a reclamar la lucha, se entiende, la lucha civil, esto es, civilizada. Los españoles no estamos de acuerdo —gracias a Dios—. Ningún pueblo lo está —solo los rebaños pintados de cualquier color—. No hay, por supuesto, unanimidad entre nosotros, ni es bueno que la haya. Hay muchas opiniones, muchos pareceres. Hay que expresarlos, por supuesto. Pero no basta con conocerlos, con “contrastarlos”. Tienen que luchar.*

*No se trata sólo de ideas, de juicios sobre la realidad, de preferencias teóricas. Todo eso me interesa mucho, por mi vocación, pero no tengo “deformación profesional” y no creo que el intelectual deba confundir la realidad con sus intereses particulares; si es posible, debe ser además inteligente. Se trata de fuerzas. En España —como en todas partes— hay regiones cuyos intereses son distintos, cuya interpretación de la nación difiere; hay grupos sociales a los que convienen distintas cosas; hay fracciones ideológicas que entienden de maneras distintas la organización del país; hay diversas maneras de proyectarse históricamente. No basta con hacer un catálogo de todas esas diferencias. Hay que dejarlas ser, enfrentarse, medirse unas con otras, justificarse, probar su verdadera fuerza, su capacidad de resolver los problemas, de atraer a los españoles. En una palabra, tienen que luchar.*

*El desacuerdo es inevitable y es maravilloso, siempre que no roce la concordia, la decisión inquebrantable de no romper la convivencia, de no eliminar al adversario, de no sofocarlo, de no mermar su libertad, de no ejercer violencia contra él. No se puede dar por supuesto que “los españoles somos así”, que “queremos tal cosa”. Ni lo puede decretar el poder público ni un grupo particular. La única respuesta política, la única respuesta verdadera es: Con verlo basta.*

Cuando se luche civilmente, cuando se organice libre y creadoramente el desacuerdo y tenga sus cauces abiertos, sentiré segura la concordia y no viviré en el temor de que se vuelva a disparar la demencia colectiva.